

decir tomar la fe por regla de las acciones, de las palabras y de los deseos, dejándose guiar constantemente por ella, como los israelitas en el desierto seguían la columna que los precedía, aplicando á la propia conducta las máximas del Evangelio, y los ejemplos de Jesucristo y de los santos. No quería que se tomase una cosa porque gustara, ni que se dejase de tomar porque disgustara; pues esto era lo que el llamaba vivir según la carne y los sentidos y no según la fe. «Si una persona, »decía (1), que es muy dulce y muy agradable me ama y »me sirve, el quererla únicamente por esto, es amar según »la carne y los sentidos; porque los animales, que no tienen más guía que la carne y los sentidos, aman á sus »bienhechores y á los que los tratan con dulzura y cariño. »Pero si una persona es brusca, poco cortés, y me acerco á »ella, sin embargo, y le demuestro afecto, le hago algún »servicio, no porque tenga placer en ello sino porque tal »es el benéplacito de Dios; esto es obrar en espíritu de »fe. Si estoy triste y no quiero hablar, hago lo que los »loros. Si estoy triste y porque la caridad quiere que hable lo hago, esto es vivir de la fe. Me veo despreciado »y me disgusto; los pavos y los monos hacen lo mismo. »Si me veo despreciado y me alegro, imito á los apóstoles. Vivir pues de la fe, es hacer nuestras acciones, hablar y pensar como el espíritu de fe requiere de nosotros. El alma, apoyada en el espíritu de la fe, se »alienta en medio de las dificultades, porque sabe que »Dios ama, tolera y socorre á los miserables que esperan »en él; se une á Dios y dice con frecuencia que todo lo »que no es Dios es nada; que lo que no es para la eternidad, no es más que vanidad.» (2)

Por eso el santo Obispo tenía siempre fija la vista en su interior, para mantener allí continuamente esta vida

(1) Carta DCCI.

(2) Dep. de Janus.—*Espíritu de San Francisco de Sales*, p. X, sec. XII y XIII.

de la fe. «Los que le han tratado mucho, dice uno de sus »historiadores (1), han reconocido que no seguía en nada »sus inclinaciones naturales.» Y cuando se presentaban á él, las hollaba con sus pies sin consideración alguna, para no obrar ni hablar sino solo por Dios. «No debemos, decía, »servirnos de nuestro corazón, de nuestros ojos y de nuestras palabras para satisfacer nuestro carácter é inclinaciones, sino solo por el servicio del Esposo celestial.» Por eso todas sus inclinaciones, tanto las más comunes como las más elevadas, eran acompañadas de un espíritu de fe, y esto producía una intención purísima de agradar á Dios, un deseo ardiente de obrar lo mejor posible por el puro amor del Salvador, por el cual su corazón aspiraba sin cesar por medio de santas elevaciones, ó al menos por miradas interiores llenas de afecto; de suerte que se puede decir, con el historiador ya citado (2), que toda la economía de su alma le estaba continuamente presente; nada pasaba allí, nada se omitía, de que no se diera cuenta á la luz de Dios; y de esta excelente claridad le resultaba una delicadeza de conciencia tan grande, que no hubiera podido sufrir en él voluntariamente, no digo lo que sabía que podía desagradar á Dios, sino aun lo que creía deber serle menos agradable ó menos perfecto.

#### CAPITULO IV.

##### Su esperanza.

La esperanza cristiana tiene dos partes distintas; por un lado aspira á la posesión de Dios en el cielo, y cuenta con los socorros de lo alto para lograr esta dicha; por otro descansa en la providencia de Dios, con un abandono filial en medio de todos los acontecimientos de esta vida.

(1) El P. la Riviere, p. 534 y 582.

(2) Idem, p. 511.

El primer aspecto constituye la esperanza cristiana en el sentido estricto de la palabra; el segundo punto de vista constituye la esperanza en un sentido mas lato, ó sea la confianza en Dios. Francisco de Sales, lejos de faltarle la esperanza bajo ninguno de estos dos aspectos, la tuvo en un grado eminente.

No considerando esta tierra sino como un lugar de destierro, aspiraba con toda su alma á los bienes de la vida futura, y se complacia en repetir á menudo las palabras del profeta. «¡Oh, cuánto se prolonga mi destierro! Mi alma desfallece lejos de mi patria.» *¡Heu! ¡quia incolatus meus prolongatus est! Multum incola fuit anima mea* (1). Un día que exhalaba este tierno suspiro delante del Obispo de Belley (2), este, imaginándose que hacia alusion á su ausencia de Ginebra, le contestó con estas otras palabras de los judíos desterrados de Jerusalén: «Nos hemos sentado á las orillas del rio de Babilonia, y allí hemos llorado acordándonos de Sion. *Super flumina Babylonis illic sedimur, et flebimus cum recordaremur Sion* (3).—¡Ah! replicó, no es este destierro el que me aflige; ¿acaso no estoy ya bastante bien en la ciudad de refugio, nuestro querido An-necy? El destierro de que hablo es esta vida; pues mientras nos hallamos en este mundo estamos desterrados de Dios y de nuestra patria. ¡Desgraciado de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte?

«No teneis razon, replicó el Obispo de Belley, en quejaros de esta vida, donde todo os sonríe, pues yo al menos no veo mas que satisfacciones para vos; vuestros amigos os respetan, los mismos enemigos de la religion os veneran, y sois las delicias de todos los que os tratan.— Todo eso, dijo el santo Obispo, es muy poca cosa, y se debe contar poco con ello. Los que cantaron Hosanna al hijo de David, gritaron tres días despues: Crucificadle,

(1) Salmo CXIX, 5.

(2) *Espiritu de San Francisco de Sales*, p. II, s. III.

(3) Salmo CXXXVI, 1.

»¡Crucifige! Además, nada me es tan amado como mi alma, y aun cuando me ofrecieran vivir tanto tiempo como he vivido, con todos los contentos y prosperidades que se pueden desear en esta vida, ¿qué es todo lo que pasa con relacion á la eternidad?.....» «¡Oh, cuánto se debe desear la eternidad, escribia á la santa Madre Chantal (1), á costa de las miserables vicisitudes de este mundo!..... Todos los días mi alma se enciende en el amor y estimacion de las cosas eternas..... Dejemos correr el tiempo, con el cual corremos poco á poco para ser transformados en la gloria de los hijos de Dios..... La eternidad es incomparablemente mas amable, porque su duracion no tiene fin, sus días son sin noches, y sus contentos invariables (2). Mirando á este mundo y sus falsos bienes deshacerse ante nuestros ojos, reconocemos el mal que hacemos en poner nuestras afecciones y esperar los contentos en otra parte que no sea en Dios y en su eternidad.»

Con esta esperanza de la eternidad consolaba á todos los que habian perdido ó estaban en peligro de perder alguno de los suyos. «¡Oh! si una vez se penetrase bien nuestro corazon de la santa y feliz eternidad, escribia á una madre cuyo hijo estaba en peligro (3), id, diríamos á nuestros amigos, id, queridos amigos, á ese Sér Supremo á la hora que el rey de la eternidad os ha señalado, que poco despues iremos tambien nosotros, y puesto que el tiempo no nos ha sido dado sino para eso y el mundo no se puebla sino para poblar el cielo, haremos todo lo que podamos para ser dignos de él.....» «Sí, ciertamente, decía otro día (4), el paso de nuestros amigos á una vida mejor debe causarnos alegría, porque tiene por objeto poblar el cielo y aumentar la gloria de nuestro rey; un día llegará en que iremos á unirnos á ellos, y entre tanto

(1) Carta DCCCLIV.

(2) Carta DCCCLV.

(3) Cartas DCCGXXXIV y DCCGXXXVII.

(4) Dep. de Santa Chantal.

»aprendamos cuidadosamente el cántico del santo amor,  
 »para que lo cantemos con mas perfeccion en la eternidad.  
 »Bienaventurados los que no ponen su confianza en la vida  
 »presente, y no la consideran sino como un puente para  
 »pasar á la vida celestial, en la que solo debemos colocar  
 »nuestra esperanza.....» «No hay nadie, decia tambien (1),  
 »que tenga un corazon mas tierno para la amistad que yo,  
 »y que sienta mas vivamente las separaciones, y no obs-  
 »tante, estoy tan poco asido á la vanidad de esta vida,  
 »que nunca me vuelvo á Dios con mas amor que cuando  
 »me ha herido. Es preciso elevar el corazon al cielo, vivir  
 »con pensamientos generosos y magníficos, que nos tengan  
 »unidos á esta sagrada Providencia, que no ha dispuesto  
 »de nuestros momentos mortales sino para la vida eterna;  
 »no debiendo ver en la muerte mas que el paso á la eter-  
 »nidad, donde las amistades empezadas en este mundo  
 »volverán á reanudarse para no sufrir ya ninguna se-  
 »paración. Esperemos animosamente que suene la hora  
 »de nuestra partida para ir á donde estan ya nuestros  
 »amigos. No os prohibo que lloreis; nuestro Señor lloró  
 »sobre Lázaro, y verdaderamente yo lloro tambien en se-  
 »mejantes ocasiones; mi corazon de piedra por las cosas  
 »celestiales, derrama lágrimas con estos motivos; pero de-  
 »seo que no lloreis desmesuradamente y que manifesteis  
 »preferir la eternidad á la figura de este mundo.

»Debemos, añade graciosamente (2), imitar á los al-  
 »ciones, que segun dicen algunos, hacen su nido en medio  
 »del mar, procurando un equilibrio tan perfecto, que el  
 »movimiento de las olas no pueda sumergirlos, uniendo  
 »tan bien las partes inferiores que no pueda penetrarlas  
 »el agua, y no dejando mas que una abertura hácia el  
 »cielo para respirar. ¡Oh! cuánto desearia que nuestros  
 »corazones estuvieran tambien muy cerrados para el mun-

(1) Cartas DCCGXXXIV, DCCGXXXV, DCCGXXXVI, DCCGVIII, DCCGXL.

(2) Carta CLXII.

»do, y bien cubiertos por todos lados, para que las cosas  
 »de la tierra no pudieran sumergirlos! ¡Cuánto deseo que  
 »no se encuentre en ellos ninguna abertura sino la del la-  
 »do del cielo para aspirar á nuestro Señor! ¡Oh, cuándo  
 »nos trasformará de suerte que, aunque rodeados del mun-  
 »do y de la carne, no vivamos sino del espíritu; que, aun  
 »entre las vanidades del mundo, nuestra morada sea, sin  
 »embargo, siempre el cielo, y aun permaneciendo entre los  
 »hombres, no cesemos de alabar á Dios con los ángeles.  
 »¿Cuándo lograremos que todas nuestras esperanzas estén  
 »únicamente en el paraíso? ¿Cuándo nos consumirá el divi-  
 »no amor, para hacernos morir enteramente á nosotros  
 »mismos y vivir solo para Dios?»

Al mismo tiempo que el santo Obispo aspiraba tan ar-  
 dientemente á la posesión de Dios en el cielo, confesaba  
 en el fondo de su corazon, que si no considerase mas que  
 su miseria no mereceria mas que el infierno; pero que lle-  
 no de una humilde confianza en la misericordia de Dios y  
 en los méritos de Jesucristo, esperaba firmemente partici-  
 par algun dia de la dicha de los escojidos (1). «¿Qué ha-  
 »bia de hacer Nuestro Señor de su vida eterna, decia (2),  
 »si no se la diera á las pobres, pequeñas y miserables  
 »criaturas como nosotros, cuya única esperanza es su so-  
 »berana bondad? ¡Sí, Dios mio! tengo esta firme esperanza  
 »en el fondo de mi corazon, que viviremos eternamente  
 »en Dios; estaremos un dia todos juntos en el cielo: co-  
 »bremos pues ánimo, que pronto subiremos allí..... ¡Oh  
 »Dios mio, cuánto consuelo encuentro en la seguridad que  
 »tengo de que mi corazon estará eternamente abismado en  
 »el amor del corazon de Jesus! Poco importa cuál sea el  
 »camino por donde á la Providencia le agrade conducir-  
 »nos, con tal que lleguemos á ese punto.» (3)

Un caballero á quien el temor de la muerte y los jui-

(1) Dep. de la santa Madre Chantal, art. 25.

(2) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XV, sec. XV y XXX.

(3) Entreteneamiento II. —Dep. de la santa Madre Chantal.

cios de Dios habian sumido en una profunda tristeza, le consultaba un dia. «¡Ay, le contestó (1), qué tormento »tan terrible es este! Mi alma, que lo ha sufrido durante »seis semanas, se halla en circunstancias de compadecer »á los que están afligidos con esta pena; pero conviene »que os hable de corazon á corazon, y os diga que quien »tiene un verdadero deseo de servir á Nuestro Señor y »huir el pecado, no debe en ningun modo atormentarse »con el pensamiento de la muerte y del juicio. Si se debe »temer al uno y al otro, no debe ser con este temor que abate y quita la energía al alma, sino con un temor mezclado »de confianza, y por lo tanto dulce. Dios nos ayudará si se lo rogamos, y si deseais ser todo de Dios, esperad en Él. »El que espera en Él no será confundido.»

Lleno de estos sentimientos, decia un dia á Mr. de Bellely con su ingénuo y sencillo lenguaje, que era preciso morir entre dos almohadas, una humilde confesion de que no merecemos mas que el infierno, y una entera confianza de que Dios, en su misericordia, nos dará el paraiso. Otra vez, estando la santa Madre Chantal gravemente enferma: «Poned, le dijo, vuestra cabeza al pié de la cruz, y »manteneos allí humildemente y llena de confianza, para »recibir los méritos de la sangre que de ella destila.» Esta firme esperanza en el cielo era la que le alentaba en medio de las amargas penas é inmensos trabajos de su episcopado. «La grandeza de nuestras esperanzas en la vida »eterna, decia, debe hacer que apenas nos detengamos á »considerar los acontecimientos de esta vida mortal.»

Tenia gusto en repetir con frecuencia y enseñar á los demás estos dos versos, cuyo sentido vale mas que su rima.

*Con el bien que yo espero, comparados  
De recreo me sirven los cuidados.*

Su confianza en Dios en todos los acontecimientos de

(1) Carta DCCGXXVIII.

su vida no era menos notable (1). Penetrado de la consideracion de que Dios es para nosotros un padre tierno, que hace concurrir todo en bien de los que le aman; de que habiendo enviado Nuestro Señor á los apóstoles sin dinero y sin provisiones, sin embargo nada les habia faltado; y de que todos los sucesos, grandes ó pequeños, vienen de la mano paternal de la Providencia, sin la cual no cae un cabello de nuestra cabeza, descansaba en Dios con mas confianza que pudo hacerlo jamás un niño en el seno de su madre. «Nuestro Señor, decia, me ha enseñado esta »leccion desde mi juventud, y si volviese á nacer, quisiera dejarme gobernar hasta en las cosas mas pequeñas por »esta divina Providencia, con una sencillez de niño y un »profundo desprecio de toda prudencia humana..... Es »para mí un gozo grande, decia, caminar con los ojos cerrados bajo la direccion de la Providencia. Sus designios »son impenetrables, pero siempre dulces y suaves para los »que confian en ella. Dejémosla que conduzca nuestra »alma, que es su barca, que ella nos llevará al puerto. »Felices los que confian en Aquel que puede como Dios, y »quiere, como padre, darnos lo que nos conviene; desgraciados, por el contrario, los que ponen su confianza en »la criatura. Esta promete todo, da poco y hace pagar »muy caro lo poco que da.»

Conforme á estas máximas, escribia á una de sus hijas de la Visitacion (2): «Permaneced en paz en los dulces »brazos de la Providencia. Nunca perecerá el niño que se »mantiene firme en los brazos de un padre poderoso, no »solamente en medio de la dulzura y de la paz de las »prosperidades, cosa que todos saben hacerlo, sino entre »las temporales y las borrascas, lo cual solo es propio de los hijos de Dios.»

Un dia que habia sido contrariado en un proyecto que le interesaba mucho, escribia á la santa Madre de Chan-

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. VIII, sec. XV, p. XIII.

(2) Carta DCCVII.

tal: «La Providencia lo ha dispuesto así, y ya sabeis la fidelidad que mi corazón le ha prometido; yo la dejo arreglar y disipar todas las cosas como le agrade, sin inquietarme por mis inclinaciones.» «Espero una gran bór-rasca, escribia en otra ocasion á la misma confidenta de sus pensamientos (1), pero la espero alegremente. Miro á la Providencia de Dios, y espero que esta tormenta será para su mayor gloria y mi tranquilidad, y esta esperanza me llena de consuelo. Aunque el cielo se arme contra mí, aunque la tierra y los elementos choquen entre sí, y todas las criaturas me declaren la guerra, no temo nada. Me basta saber que estoy con Dios y que Dios está conmigo.»

Un dia que atravesaba el lago de Ginebra en una pequeña barca poco sólida, experimentaba un gozo infalible al ver su vida tan completamente en manos de la Providencia, no estando separado de la muerte sino por una tabla de tres dedos (2); y cuando le preguntaban cómo habia podido elevarse á esta igualdad de alma que tanto se admiraba en él: «Cuando se tiene confianza en Dios, contestaba, sin separarse jamás de un objeto tan igual y constante, no se puede variar nunca; esta confianza es el polo fijo sobre el cual ruedan todos mis deseos y movimientos (3).» «¿Cómo, le preguntaron un dia, os habeis espuesto tantas veces á caer en las manos de los herejes?—No ha sido, contestó, por atrevimiento ni falta de conocimiento, sino por una simple confianza en la Providencia celestial. ¿No debemos dejar la vida y cuanto somos á la disposicion de esta adorable Providencia? No nos pertenecemos á nosotros mismos, sino á Aquel que, para hacernos suyos, ha querido de una manera tan amorosa ser enteramente nuestro.» (4)

(1) Dep. de la santa Madre Chantal, art. 28, p. 70.

(2) Carta LXXVIII.—*Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XV, sec. XVI.

(3) Dep. de Jannes.

(4) Dep. de Miguel Favre.

Animado con esta firme confianza, siempre que tenia que emprender algun negocio que creia era del beneplácito de Dios, empezaba por colocarlo bajo la direccion de la Providencia, y hecho esto, se mantenía tranquilo y seguro del éxito. Cuando no encontraba algun apoyo en sus proyectos, ó preveía, segun la prudencia humana, imposibilidad en su ejecucion, lejos de concebir alguna inquietud ó sentir alterada su confianza, estaba mas firme y contento que nunca. «No veo cuándo podrá tener lugar el establecimiento de nuestro instituto, decia un dia á la santa Madre Chantal (1), pero estoy seguro de que Dios lo llevará á cabo,» como en efecto sucedió poco despues. Esta confianza no le impedia, sin embargo, obrar por su parte. Animoso é intrépido porque esperaba, impulsaba la empresa por todos los medios sin desalentarse, y era una máxima suya, que cuando Nuestro Señor nos encarga un negocio es preciso continuarlo hasta el fin á despecho de todas las dificultades, y no abandonarlo nunca.

Combatido de tentaciones terribles, porque Dios, para perfeccionar su virtud, quiso que estuviese espuesto á ellas, su confianza le llenaba de aliento. «Estoy atormentado, escribe un dia á la santa Madre Chantal; me parece que no tengo ninguna fuerza para resistir, y que, si se presentase la ocasion, sucumbiria, pero cuanto mas débil me siento mas pongo mi confianza en Dios, y estoy cierto de que llegada la ocasion, Dios me revestirá de su fuerza, y devorará á mis enemigos como si fueran corderillos.» (2)

Si á veces tardaba en ser escuchada su oracion, no se desalentaba. «La Providencia no difiere su socorro, decia, sino para provocar nuestra confianza. Si nuestro Padre celestial no nos concede siempre lo que pedimos, es para detenernos á su lado, y darnos ocasion á que le instemos

(1) Dep. de la santa Madre Chantal.

(2) Idem, art. 28, p. 72.

»con una amorosa violencia, como lo hizo ver bien á los  
»dos peregrinos de Emaus, con los cuales no se detuvo  
»sino ya al caer el dia, y cuando le obligaron con sus  
»ruegos.....»

Por último, dirigia á las almas probadas, predicándoles la confianza con un acento capaz de inspirarla. «Aunque venga la tempestad y la borrasca, escribia á una de  
»estás, no perecereis, porque estais con Jesus. ¡Oh Salvador mio! salvadme. El os tenderá la mano, estrechadla  
»bien y continuad alegremente, sin reflexionar sobre vuestro mal. En tanto que San Pedro tuvo confianza, la tempestad no pudo sumerjirle; pero así que temió se sumerjió. El miedo es un mal mas grande que el mismo mal que le causa. Es preten der demasiado el querer que ninguna hoja de vuestro arbol se mueva; debe bastaros que permanezca profundamente arraigado. Si dais alguna caída, postraos ante Dios para decir en espíritu de confianza y humildad: Misericordia, Señor, porque estoy enferma. Levantaos luego en paz y seguid adelante, desterrando toda desconfianza, con el pensamiento de que Dios es mas misericordioso que nosotros miserables. Sufrid sin turbacion la privacion de todos los gustos sensibles, pues un acto solo hecho con sequedad vale mas que muchos hechos con gran ternura, con tal que se haga con un amor mas fuerte, aunque menos agradable. En fin, abandonad todo vuestro sér completamente en manos de la Providencia en medio de los accidentes de la vida y aun en presencia de la muerte. Dios os ha guardado hasta ahora; asíos á la mano de la Providencia. Ella os asistirá, y por donde no podais caminar os llevará en sus brazos. No penseis en lo que os sucederá mañana, porque el Padre Eterno, que ha tenido cuidado de vos hoy, lo tendrá mañana y siempre, y no os enviará el mal, ó si os le envia, os dará un valor invencible para sufrirlo. Si experimentais los asaltos de las tentaciones, no deseais ser libertada de ellas. Es bueno que las esperitemos para tener la ocasion de combatir las y de conseguir victorias:

»sirven además para hacernos practicar las mas excelentes virtudes, y para establecerlas sólidamente en nuestras almas.»

## CAPITULO V.

Su amor á Dios.

Hay un amor encerrado en la esperanza, dice Francisco de Sales (1), que es bueno porque nos une á Dios, pero que es imperfecto porque se mezcla con el amor de nuestro propio interés, puesto que si amamos á Dios, es porque es bueno con nosotros y quiere hacernos felices. El amor perfecto, por el contrario, ó sea la verdadera caridad, se eleva sobre todo propio interés; él nos hace amar á Dios, no por el interés del bien que nos hace ó que nos reserva, sino porque tiene en sí mismo la infinita perfeccion digna por sí sola de arrebatarse todos los corazones, la bondad soberana, la belleza incomparable que nunca puede ser bastantemente amada, aun cuando nunca hubiéramos recibido ningun bien ni debiéramos esperar ninguna recompensa, haciéndonos amar á Dios porque es Dios. Tal es el puro amor (2), la perfecta caridad de que San Francisco de Sales nos presenta un magnífico modelo.

La prueba de que amó así á Dios, se encuentra primero en su atencion delicada á observar, no solo los preceptos sino tambien los consejos evangélicos, y en huir hasta la apariencia del pecado, «á la manera, decia con su agradable lenguaje, que la paloma de los Cánticos hacia su morada á la orilla de las aguas, para ver en ellas de lejos la sombra de las aves de rapiña volando y ocultándose en su retiro apenas percibia esa sombra.» (3) Aún

(1) *Tratado del amor de Dios*, lib. II, c. XVII.

(2) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XIV, sec. VII.

(3) Dep. del can. Gard.